

Miguel León-Portilla

La California mexicana
Ensayos acerca de su historia

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad Autónoma de Baja California
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

310 p.

Ilustraciones, mapas

(Serie Historia Novohispana, 58)

ISBN 968-36-4717-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/california/304a.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN MI INTERÉS Y MIS LIBROS ACERCA DE BAJA CALIFORNIA

Varias veces he escuchado preguntas como éstas: ¿de dónde nació tu atracción por la Baja California y su historia? ¿Es que tienen alguna relación con tu campo principal de investigación, el México prehispánico, la lengua y cultura nahuas?

Mi respuesta se ha limitado en ocasiones a recordar que hay el antecedente de Francisco Xavier Clavigero. Él, que estuvo muy interesado en la historia antigua de México sobre la que escribió una célebre obra, también estudió e hizo aportación a propósito de la California.

Evocar a Clavigero y sus trabajos deja ver una coincidencia pero, lo admito, no es responder realmente a las referidas preguntas. Pienso que Clavigero se ocupó de uno y otro temas motivado por poner de relieve, en un caso, la que consideraba grandeza del pasado indígena y en el otro la obra misionera de los jesuitas, sus antiguos hermanos de orden religiosa. En su empeño había, en ambos casos, un propósito apologético. Quería mostrar lo que tenía por verdadero, refutando a la vez las que se le mostraban como calumniosas afirmaciones de algunos europeos que menospreciaban lo indígena americano, al igual que los afanes apostólicos de los misioneros.

Mi doble interés, ciertamente paralelo al de Clavigero, ha tenido, sin embargo, motivaciones muy diferentes. Las culturas de Mesoamérica y en particular el mundo náhuatl me atrajeron al conocer desde joven algunos de sus monumentos y luego varios testimonios de su expresión literaria y pensamiento. Eran los años en que estudiaba filosofía y me preocupaban profundamente cuestiones como la de la posibilidad del conocimiento metafísico, el tema del más allá, los fundamentos de la moral... Absorto en la lectura de obras como las de Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Kant, Hegel y también Husserl, Bergson y Heidegger, me debatía entre la búsqueda de certezas y el escepticismo.

Fue en ese tiempo cuando cayeron en mis manos algunas de las traducciones de la poesía náhuatl hechas por quien luego fue mi maestro, Ángel María Garibay K. En esa poesía y en otros textos indígenas se tocaban temas semejantes a los que habían preocupado a los filósofos cuyas obras estudiaba. La lectura de las creaciones indígenas me impresionó

tanto que decidí adentrarme en su estudio. En ellas se revelaba una visión del mundo hondamente poética, distante de los malabarismos lógicos de los viejos y nuevos sistemas de la filosofía europea. No es que pensara que lo indígena fuera mejor o más encaminado en la búsqueda del saber. Simplemente se me presentaba como portador de atisbos de enorme interés y hondo sentido humano. Por esto estudié el náhuatl para acercarme en forma directa a ese legado de cultura que, siendo mesoamericano, tiene a la vez significaciones universales.

El tema de la Baja California y su historia me atrajo por motivos muy distintos. Al tiempo en que estudiaba la primaria, tuve una maestra que en la clase de historia nos dijo que California había pertenecido a México pero ahora era ya parte de los Estados Unidos. Yo había visto varios mapas y recordaba que existía una tira de tierra que también tenía el nombre de California y era territorio mexicano. Levanté entonces la mano y, autorizado a hablar, manifesté que había una California mexicana. La maestra repitió lo que había dichos antes: California era parte de los Estados Unidos. Insistí en que había una California que seguía perteneciendo a México. La maestra se molestó mucho, y ante lo que le pareció mi terquedad e ignorancia, me hizo salir del salón de clase.

De regreso a casa volví a ver el mapa y comprobé que, a pesar de todo, sí había una California mexicana, dividida en dos territorios, los de Baja California norte y sur. Busqué entonces libros que me explicaran lo que había ocurrido. También pregunté a mi padre y a otros maestros. Pude así enterarme que existían dos Californias, una que nos arrebataron los norteamericanos en una guerra de conquista y otra que México pudo conservar casi milagrosamente. Pocas personas conocían la historia de la California que seguía siendo mexicana. Su territorio, a pesar de ser muy grande, se hallaba casi en el olvido.

Cuando era niño estaba muy poco poblado y con escasa comunicación con el resto del país. Pude también enterarme de que los Estados Unidos no habían renunciado a la idea de que esta otra California debía también pertenecerles.

Ésta que no es sino una anécdota que viví, me dejó honda huella. Cuando, por obra del náhuatl me “convertí” a la historia, el tema de la California mexicana, su geografía, su pasado y presente, con frecuencia me volvían a la cabeza. Un día, platicando con don Carlos Pellicer que acababa de regresar de un recorrido por la California mexicana, lo escuché ponderar las maravillas de su rica naturaleza y las bondades de sus habitantes. Don Carlos decía que aquello era un paraíso en el que sus pobladores eran del todo ajenos al pecado original.

Decidí entonces ir a Baja California. Ocurrió ello a medidados de los años sesenta. Esa primera visita en compañía de Ascensión, mi esposa, fue

inolvidable. En la ciudad de La Paz di dos conferencias sobre literatura y pensamiento nahuas que mucho interesaron a los sudcalifornianos. A mi vez inquirí acerca de la existencia de un archivo. Los funcionarios que me habían recibido en mi calidad de director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM se veían entre sí con cierto asombro. ¿Un archivo? Por fin alguien dijo que en la azotea de la cárcel había un cuarto lleno de papeles viejos. Nos trasladamos allí acompañados por quien era director de Acción Social, el profesor Armando Trasviña Taylor y su colaborador Moisés Coronado, ambos distinguidos escritores y maestros normalistas. Al llegar a la cárcel, se nos asignó un preso “de confianza” que nos condujo a dicho cuarto. Entramos con él y vimos allí amontonados decenas de legajos. Tomé uno y al abrirlo encontré un documento que decía “Acta de adhesión de la California a la república federal de 1824, México”.

Seguí hurgando, topándome con otras muchas sorpresas. De pronto encontré varios documentos con manchas de sangre. Pregunté al preso de confianza qué significaba eso, si tal vez esos papeles habían sido rescatados en alguna batalla. El preso sonrió y luego nos dijo que allí, en ese cuarto, se solía interrogar a los acusados. Cuando éstos no querían hablar, se procuraba avivar su memoria a base de golpes. No era raro que en esos interrogatorios los acusados llegaran a sangrar por nariz y boca. Los pobres, añadió el preso de confianza, no teniendo otra cosa para limpiarse la sangre, tomaban algunos de esos papeles para hacerlo. Por eso estaban manchados.

MIS PRIMEROS TRABAJOS EN TORNO A LA CALIFORNIA MEXICANA

Hicimos en esa misma ocasión un recorrido a través de las brechas que entonces había. Nos llevaron, por un lado a cabo San Lucas y, por otro, a la misión de San Javier y al puerto de Loreto. Dando tumbos en la camioneta que nos transportaba, esa fue nuestra introducción vivencial a la California mexicana: millares de cardones que se erguían como brazos que apuntaban al cielo, pitahayas dulces y amargas, biznagas, palos verdes y blancos, algunos mezquites, arroyos secos, pedruzcos por todas partes, sierras escarpadas y asimismo las aguas azules del mar de Cortés y, cerca de cabo San Lucas, más allá del famoso arco de rocas, las más agitadas del Pacífico.

Entrar en la misión de San Javier fue sorpresa inolvidable. Con ella habría de mantenerme en relación a la vez de trabajo y afecto. Años más tarde publicaría la obra de enorme interés que nos dejó el jesuita Miguel del Barco, el mismo que como espontáneo arquitecto había edificado la magnífica iglesia y demás dependencias de esa misión. Descender luego a Loreto, la antigua primera capital de las Californias, puerto y presidio con

su misión, nos trajo al recuerdo al padre Juan María de Salvatierra, el que hizo posible la entrada definitiva de los europeos en la península.

Ver todo esto, experimentarlo en vivencias a las que la evocación histórica colmaba de significación, fue para nosotros —Ascensión y yo— sentirnos cerca de un encuentro que se había desarrollado hacia más de dos siglos y medio. De regreso en La Paz pude hablar con el gobernador del Territorio, licenciado Hugo Cervantes del Río. Le propuse que el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM enviara a dos personas para proceder al rescate del archivo. Él aceptó gustoso. Unas pocas semanas más tarde se trasladaron a La Paz la maestra Guadalupe Pérez San Vicente, bien conocida como paleógrafa y la recordada Beatriz Arteaga que por tantos años había distribuido su tiempo laborando en el Instituto y en el Archivo General de la Nación. Coadjugaron ellas a la capacitación de personal sudcaliforniano. Y de este modo tuvo lugar el rescate del Archivo y el inicio de su ordenamiento y clasificación.

Diré que a partir de entonces mi vinculación con la California mexicana se intensificó y volvió permanente. Entre los primeros trabajos que acometí y publiqué en relación con ella, uno estuvo dedicado precisamente al “Archivo histórico de Baja California Sur. Sus antecedentes y su reciente creación”, incluido en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* (tomo XXIX, número 4, octubre-diciembre de 1970). Este artículo es uno de los que se reproducen en este libro. Ese mismo año saqué a luz otra publicación para conmemorar el 250 aniversario de la fundación de la misión de La Paz en 1720. En ella ofrecí bajo el título de *Testimonios Sudcalifornianos*, tres importantes relaciones de los jesuitas Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén, conservadas en la Biblioteca Nacional de México y en el Archivo General de la Nación. Para ese libro, que llevó como subtítulo el de *Nueva entrada y establecimiento en el puerto de La Paz*, dispuse un estudio introductorio. Con él nuestro Instituto de Investigaciones Históricas inició una serie de publicaciones relativas a la California mexicana.

AMPLIACIÓN DE TRABAJOS Y CREACIÓN DE UN CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS EN TIJUANA

No quiero caer en una “autobiografía californizante”, ni menos aún en una grotesca enumeración de méritos. Me interesa, eso sí, completar la respuesta a las preguntas que se me han hecho de mi interés, ahora ya permanente, por la California mexicana. Nuestros viajes al Territorio Sur se multiplicaron. En todos ellos me acompañó Ascensión. Pensábamos, como lo había expresado Francisco Xavier Clavigero, que iba a ser muy difícil escribir acerca

de la historia de una tierra no conocida. En uno de estos recorridos visitamos la mayor parte de las misiones, desde San José del Cabo hasta San Ignacio Cadacaamang. En cada una, ante rancheros, pescadores, maestros y gente en general del pueblo di una charla sobre la historia de ese lugar y su significado para la de Baja California y México. Con cierta maldad pregunté en esa ocasión al subdelegado municipal de San Ignacio si allí se daban conferencias frecuentemente. Su respuesta fue: “Mire usted, yo ni sabía lo que es una conferencia”.

Conocí por ese tiempo a Ignacio del Río Chávez, joven escritor, muy interesado en la historia de Sudcalifornia, su patria chica de adopción. Lo invité a prepararse para el oficio de historiador en nuestro Instituto. Aceptó e ingresó como becario. Cursó la licenciatura en historia y después la maestría. Su tesis de licenciado, que tuve el gusto de dirigir, versó sobre *El régimen jesuítico de Baja California*.

Afortunada coincidencia fue también establecer contacto poco después con David Piñera Ramírez. Ocurrió ello en una reunión de estudiosos de la historia californiana celebrada en Santa Ana, California, Estados Unidos. David me insistió con abundancia de argumentos en que la historia del Estado (el antiguo Territorio Norte) era tan interesante o más que la del sur. Mi nuevo amigo era entonces secretario general de la Universidad Autónoma de Baja California. A través de él conocí al ingeniero Luis López Moctezuma, dinámico rector de dicha institución. Hombre abierto, de mucha percepción y voluntad de decisión, se manifestó dispuesto a la colaboración con nuestro Instituto y la UNAM en general. El tema tratado fue la creación de un Centro de Investigaciones Históricas patrocinado por nuestras dos universidades.

El Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC nació a la vida —tras firmar un convenio en el Observatorio Nacional en la Sierra de San Pedro Mártir— hace ahora (1995) veinte años. David, nombrado su coordinador, emprendió su instalación en la ciudad que pareció más estratégica para tal propósito, Tijuana. Obtuvo para ello una pequeña casa sin pago de alquiler, en un barrio periférico de la ciudad. Sus siguientes quehaceres fueron buscar colaboradores y propiciar la capacitación de futuros investigadores. Recordaré que él mismo había obtenido su maestría en historia aprovechando por cierto, entre otras cosas, documentación del Archivo Histórico de Baja California Sur. Con tal propósito había estado temporalmente adscrito a nuestro Instituto. También a él le dirigí su tesis. Hoy, a veinte años de distancia, puede confirmarse que la creación de ese Centro, convertido actualmente en Instituto, no fue una mera utopía. Los frutos alcanzados hablan por sí mismos. El Centro cuenta con una planta de cerca de diez investigadores, y se halla instalado en un flamante edificio situado en el recinto de la unidad o “campus” tijuanaense de la Universidad

Autónoma de Baja California. Con relativa frecuencia he visitado a este grupo de investigadores, jóvenes en su mayoría graduados en historia y muy entusiastas. Pero antes de referirme a algunas de sus principales aportaciones, diré algo sobre tres obras que publiqué en torno a nuestra California.

TRES LIBROS DE TEMA CALIFORNIANO

El primero no fue obra mía sino rescate, edición, introducción y anotación de un aporte de enorme interés para la Baja California. Me refiero a la que su autor, el jesuita exiliado en Bolonia, Miguel del Barco había intitulado “Adiciones y correcciones a la *Noticia de la California...*” de Miguel Venegas, publicada en Madrid en 1757. Varios años me llevó preparar esta edición. Y recordaré aquí una anécdota. Había escrito a principios de 1968 a la Biblioteca Nazionale Vittorio Emmanuele de Roma solicitando un microfilme de los dos manuscritos que la contenían, *Fondo Gesuitico* 1413-1414.

Desventurada circunstancia estuvo a punto de impedir que, después de varios meses de espera, recibiera yo el rollo de microfilme, remitido en una caja de aluminio como aquéllas en las que se guardan y transportan las películas cinematográficas. El microfilme llegó a México justo en el momento de la crisis de 1968.

La Universidad se encontraba ocupada por el ejército y la oficina de correos de San Ángel no sabía a dónde remitir no el microfilme sino un oficio de la Secretaría de Gobernación en que se me demandaba diera a conocer de qué película se trataba, su título, quién era el director, así como los actores de la misma, para que se dictaminara si procedía su importación. Pude enterarme de la tal exigencia ya que había yo acudido a la dicha oficina de correos para ver si el microfilme se hallaba ya en México.

El entuerto se deshizo cuando informé que la película se intitulaba “Correcciones y adiciones a la *Noticia de la California...*” por el padre Miguel Venegas. Del director dije que era el jesuita exiliado Miguel del Barco, muerto hacía casi dos siglos, y de los actores que eran los cochimíes, guaycuras y pericúes, al igual que los misioneros de esa California de la que casi seguro el inspector de Gobernación jamás había oído hablar.

Tarea no fácil fue la de transcribir, organizar, introducir y anotar el manuscrito del padre Barco. Por una parte, había redactado éste numerosas correcciones menores a la *Historia de la conquista espiritual y temporal...* de Miguel Venegas. Por otra, incluía no pocas transcripciones de la misma y además grandes secciones distribuidas en capítulos y apartados de los que el único autor era Del Barco. La decisión que tomé fue la de estructurar con esas grandes secciones, sin supresión alguna, una obra que debía atribuirse a Del Barco que había pasado treinta años en California

como misionero, y que escribía recordando lo que había contemplado con su fino sentido de percepción. La obra en cuestión la intitulé, en razón de su contenido, *Historia natural y crónica de la Antigua California*. Respecto de las adiciones menores y las transcripciones, las conservé todas, sin alteración alguna a modo de apéndice, manteniendo las indicaciones acerca de la parte de la obra de Venegas a la que se referían.

Presentando como subtítulo el que había dado Del Barco a su trabajo —es decir el de “Adiciones y correcciones...”—, y tras preparar un amplio estudio introductorio sobre la vida de Miguel del Barco y su aportación historiográfica, así como centenares de notas, saqué felizmente a luz en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, esta obra de tanto interés. Fue ella muy bien recibida por especialistas y público en general. Para algunos, así me lo han dicho, se convirtió en un *vademecum* californiano. Añadiré que dos sociedades de etnobotánica en los Estados Unidos trajeron varios de sus capítulos al inglés. Años más tarde, las partes correspondientes a la historia natural, la etnografía y la lingüística fueron vertidas a dicha lengua por Froylán Tiscareño. Precedidas de nueva introducción a mi cargo, fueron publicadas por el editor Glen Dawson en Los Ángeles, en 1974 y 1982. Agotada la edición en castellano, en 1988 saqué otra, enriquecida con algunos textos del padre Barco que localicé en varios archivos.

Pude también publicar otro trabajo, esta vez una reproducción facsimilar con un estudio introductorio. Me refiero a *Documentos para la historia de Baja California*, compilados en 1928 por disposición de quien fue gobernador del Territorio Sur, el general e ingeniero Amado Aguirre. Este volumen apareció coeditado por el Instituto de Investigaciones Históricas UNAM y el Centro UNAM-UABC, en 1980. El corpus documental que, gracias al empeño del ingeniero Aguirre, quedó reunido en ella, todo él procedente del hoy Archivo Histórico de Baja California Sur, es de muy grande interés para los estudiosos, máxime si se toma en cuenta que algunos de esos testimonios han desaparecido.

Dos libros, de los que he sido autor en sentido estricto y que tienen como asunto central a la California mexicana, son *Hernán Cortés y la Mar del Sur* y *Cartografía y crónicas de la Antigua California*. El primero lo publicó Ediciones de Cultura Hispánica, del Instituto de Cooperación Iberoamericana en Madrid, 1985. El segundo apareció en 1989 bajo el copatrocinio del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, y la Fundación de Investigaciones Sociales.

No creo necesario hablar acerca de cómo y por qué preparé estos dos libros. Sobre el primero diré sólo que muestra un aspecto poco conocido en la vida de Cortés. Es éste el de su afán de explorador en el Pacífico y su participación muy estrecha en el primer encuentro con la península

californiana. De la *Cartografía* notaré que los mapas siempre me han atraído, por no decir fascinado. Los de California son de excepcional interés. Puede decirse que ver en cualquier mapamundi o globo terrestre cómo se representa a California —península, isla— es elemento diagnóstico para discernir desde luego la fecha aproximada de su elaboración. En ese libro, ilustrado con centenares de cartas, no pocas a color, establezco la relación que hay entre la cartografía y las crónicas. Además, tipográficamente la edición es muy bella.

OTROS QUEHACERES EN LOS QUE NUESTRA CALIFORNIA HA SIDO TAMBIÉN ASUNTO CENTRAL

La buena marcha del Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC propició, como ya lo dije, la preparación de mayor número de investigadores dedicados a enriquecer el conocimiento del pasado peninsular. Entre ellos han estado Jorge Martínez Zepeda, Ángela Moyano, Aidé Grijalva, David Zárate Loperena (q.e.p.d.), Antonio Padilla Corona, Marco Antonio Samaniego, Catalina Velásquez, Lourdes Romero, Laura Cummings, Lucila León Velazco, Javier Siller y, por supuesto David Piñera Ramírez. A todos ellos debemos ya importantes contribuciones.

El Centro, transformado hace pocos años en Instituto de Investigaciones Históricas, UABC, ha preparado varias publicaciones de considerable significación. En algunas de ellas, como *Panorama histórico de Baja California* (1983), coordinada por David Piñera, colaboramos Ascensión y yo. Ella, interesada de tiempo atrás en las aportaciones de los transterrados del exilio español, realizó un trabajo de historia oral. Se entrevistó con un cierto número de los españoles residentes en Tijuana, Ensenada y Mexicali. Pudo así aportar ese capítulo de considerable interés en el dicho *Panorama*.

Además de la edición de libros y de la revista *Meyibó*, órgano del Centro ahora Instituto, en éste se han celebrado reuniones y conferencias de carácter internacional. Por otra parte, irradiando su influencia, sobre todo a través de uno de sus miembros hace poco desaparecido, el recordado David Andrés Zárate Loperena, propició el nacimiento del Seminario de Historia de Baja California con sede en Ensenada. En sus actividades han participado no pocos distinguidos colegas como José María Muriá, Adalberto Walther Meade y W. Michael Mathes.

De José María diré que, aunque su campo principal es la historia de Jalisco, también ha incursionado con provecho en la de California. Buena prueba de ello la tenemos en los tres volúmenes de fuentes procedentes del Archivo de la Secretaría de Relaciones que conjuntamente, él y yo, hemos publicado con el título de *Documentos para el estudio de California en el siglo XIX*, México, 1992.

Por su parte, don Adalberto Walther es bien conocido por su ya largo empeño en la materia y sus muy estimables escritos. De “mi tocayo” y amigo de muchos años, Miguel Mathes, mucho, muchísimo es lo que tendría que decir. Valga al menos evocar que, con su ya tradicional generosidad intelectual, además de ofrecernos múltiples aportaciones, como la monumental serie de documentos, *Californiana*, en varios volúmenes, también ha contribuido de muchas formas al desarrollo del Centro, hoy Instituto UABC. Entre otras cosas a él se debió la microfilmación de buena parte de los fondos del Archivo Histórico en La Paz. Sacando varias copias de los microfilmes ha vuelto más asequibles tan preciosos materiales en varios lugares: Tijuana, Berkeley (Biblioteca Bancroft) y ciudad de México, en nuestro Instituto.

A su vez, desde este último y también en reiteradas estancias en La Paz, Ignacio del Río Chávez ha continuado su trabajo y ha participado en la preparación profesional de otros jóvenes historiadores. De este modo lo que hace poco más de dos décadas hubiera parecido impensable, es hoy realidad. Existe ya un conjunto de investigadores, varios de ellos bajacalifornianos, que trabajan con responsabilidad en diversos campos de la historia de la California mexicana y las relaciones de ésta con la Alta, México y los Estados Unidos.

Traeré al menos a cuento otras dos muestras de los logros alcanzados. Una la tenemos en el gran acopio documental relativo a las Californias que un equipo coordinado por la maestra Aidé Grijalva ha podido identificar y reproducir en varios ramos del Archivo General de la Nación (México). El otro es la “Colección Baja California: Nuestra Historia” que, con el apoyo de la Secretaría de Educación, ha venido sacando la Universidad Autónoma de Baja California. En esa serie, que coordina asimismo la maestra Grijalva, se han incluido algunas que calificaré de obras clásicas para el conocimiento de la historia peninsular. Una de ellas es la de Peveril Meigs, *La frontera misionera dominica en Baja California*, traducida por Tomás Segovia y con prólogo de quien esto escribe. Muy grato me resulta pensar que en este desarrollo he podido participar al lado de distinguidos colegas. Y no ocultaré que en nuestro empeño historiográfico californiano existe un cierto afán de sano nacionalismo. Era más que necesario y urgente ocuparse de la rica historia de la antes olvidada y tantas veces codiciada península. El presidente Lázaro Cárdenas manifestó que, para conservarla como parte de México, era menester comunicarla con él. Y, ¿qué mejor manera de comunicación y conocimiento que investigando y difundiendo su historia?

Ahora bien, entre los otros quehaceres que he emprendido teniendo como asunto central a nuestra California, además de numerosas conferencias y participación en simposios y congresos, se hallan los artículos y

ensayos que he reunido en este libro. No haré aquí un resumen de ellos pues espero que los benévololectores, con su mirada los recorran íntegramente. Tan sólo diré algo sobre la forma en que los he distribuido en cuatro partes y un epílogo.

Primeramente he reunido bajo el rubo de “Historia e historiografía bajacalifornianas” tres trabajos, en dos de los cuales destaco las varias significaciones que, incluso a la luz de la historia universal, tiene el pasado de la California mexicana. En el tercero describo lo que fue el rescate del repositorio en La Paz, el que hoy ostenta el nombre de Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur, en recuerdo del que fue repositorio historiador oriundo de Sudcalifornia.

En una segunda parte, “Lenguas y culturas indígenas”, presento cuatro contribuciones, todas ellas relacionadas desde varios puntos de vista con los antiguos pobladores autóctonos de la península. La atención se concentra en temas que van desde la prehistoria, la lingüística y la etnohistoria hasta la toponimia y la etnología, esta última en relación con los pocos sobrevivientes nativos en la parte septentrional de la Baja California.

“Cartografía y viajes” es el título de la tercera parte. Abarca tres estudios acerca de las expediciones de Francisco de Ulloa hasta la isla de Cedros (1539); de Melchor Díaz al que hoy se conoce como valle de Mexicali (1540); así como sobre los tres viajes del ingenioso capitán Francisco de Ortega. Éste no sólo viajó a California entre 1632 y 1636 sino que afirmó haber llevado consigo una especie de campana o batiscafo, “artificio nuevo y traza del dicho capitán para que puedan ir una o dos personas dentro de ella a cualquier cantidad de fondo sin riesgo de ahogarse, aunque se esté debajo del agua diez o doce días” (!). Complemento del tema acerca de estas expediciones es el trabajo sobre la cartografía californiana en el que muestro las variaciones a que dio lugar su representación en mapas de los siglos XVI hasta principios del XVIII. Este ensayo de algún modo fue anticipo de mi libro *Cartografía y crónicas de la Antigua California*.

En “Misiones jesuíticas, franciscanas y dominicas”, que integra la cuarta parte del libro, reproduzco otros cuatro artículos. En los dos primeros describo cuáles fueron las aportaciones del padre Miguel del Barco y del también jesuita Ignacio Tirsch, este último pintor de interesantes escenas de la vida californiana a principios de la segunda mitad del siglo XVIII. A su vez los artículos referentes a las etapas misionales de franciscanos y dominicos, son visiones de conjunto aparecidas originalmente en el ya citado *Panorama histórico de Baja California*.

Finalmente, como un epílogo que toca ya acontecimientos muy recientes, incluyo el trabajo intitulado “California: tierra de frontera”. Me interesó mostrar en él cómo California, o mejor las Californias, han sido de diferentes formas y en momentos distintos hasta el presente, tierra en la que se

han establecido límites a veces arbitrarios y radicalmente contrastantes. El último de éstos, del que también me ocupó, es el del ya tristemente célebre muro —que ahora se quiere consista en triple barrera— para impedir la entrada de indocumentados a la Alta California.

Éste es el conjunto de dieciséis ensayos que, con el pie de imprenta de los Institutos de Investigaciones Históricas de la UNAM y de la UABC, ofrezco a cuantos se interesan por la historia californiana. La idea de publicarlos así reunidos surgió en ocasión de un acto que quiero recordar antes de dar ya fin a estas páginas. Ascensión y yo hemos querido, para vincularnos aún más estrechamente con la California mexicana, hacerle entrega de la colección que hemos formado a lo largo de los años, de libros, folletos, revistas y algunos documentos, todos relacionados con su historia. Al hacer realidad esa entrega, el 23 de febrero de 1995, y después de dar una charla en el auditorio principal del campus de la UABC en Tijuana, sobre “Mi interés y mis libros acerca de Baja California”, fui invitado a preparar este trabajo.

Podría pensarse tal vez que —donada la biblioteca que Ascensión y yo reunimos sobre la historia peninsular— con la presente compilación de ensayos cierro y doy término a mis quehaceres californianos. Afirmar esto sería apartarse de la verdad. Hicimos entrega de esa parte de nuestra biblioteca porque pensamos que contribuimos a fortalecer al joven Instituto de Investigaciones Históricas, UABC. Al obrar así, no renunciamos a nuestro muy arraigado interés por trabajar en este campo. Por una parte, seguimos teniendo a nuestro alcance los ricos fondos bibliográficos que sobre historia de las Californias poseen la biblioteca de nuestro Instituto y la Nacional, situada asimismo en Ciudad Universitaria. Por otra, en caso de requerir algunas obras no existentes en ellas pero sí en nuestra antigua colección, tendremos ocasión para volver más frecuente nuestro contacto con el Instituto, UABC, viajando incluso, si fuera necesario, a su sede en Tijuana.

El que haya yo escrito estas páginas de “autobiografía californiana”, muestra y confirma lo que pienso y siento sobre mi relación, no pasajera sino muy honda y estrecha, con el ser histórico y la realidad contemporánea de esta península, tierra de paradojas, abrupta y a la vez maravillosa, con sus gentes en gran mayoría procedentes de muchos lugares de México y aún de algunos del extranjero. A ellas, de manera muy particular tengo presentes al escribir estas líneas y a ellas dedico cordialmente cuanto en este libro se contiene como parte que es de su historia y de sus vidas.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA
Investigador emérito, UNAM
y miembro de El Colegio Nacional.

